

La toma total del poder ¿es el mejor camino?

Controlar todos los poderes

En el año 2002 en una entrevista que le hizo Marta Harnecker, el presidente Hugo Chávez declaró que desde el comienzo tuvo claro que debía tomar el control de la Asamblea Nacional para controlar todos los poderes. Eso fue lo que hizo, en efecto, con gran eficacia. Controló la Asamblea y desde ella, el poder Electoral, el poder Ciudadano y el Judicial. Siempre hemos afirmado que Hugo Chávez es un gran estratega que planea concienzudamente sus batallas y regularmente las gana.

Sin embargo esta victoria ha sido uno de los errores estratégicos de más largo alcance que ha cometido el Presidente. Vamos a tratar de mostrarlo. La independencia de poderes que postula la democracia moderna interesa desde luego al país como tal y a la marcha expedita del sistema. Pero el primer afectado por el incumplimiento de esta norma es el propio poder ejecutivo. En efecto, el poder tiene una lógica interna que lleva a maximizarse y a invadirlo todo.

Es lo que sucede con el mercado: ya poco queda en él de competencia. Las grandes corporaciones mundializadas han sacado de la competencia a los más pequeños y han llegado a acuerdos entre ellas. Por eso los grandes conflictos se resuelven, no en el mercado sino por acuerdos políticos entre los países en los que las corporaciones tienen las casas matrices. La corporativización de la economía es el mayor obstáculo para que el capi-

talismo dé de sí y contribuya a que se expandan los inventos y redunden en mejor nivel de vida para la gente. Las corporaciones buscan maximizar sus ganancias y consolidar su poder. Eso va en contra de la expansión de la investigación libre y de la fabricación libre de los inventos y de la puesta en el mercado al mejor precio para los consumidores y de la más correcta valoración de la mano de obra. Pero a la vez también atenta contra las propias corporaciones que pierden dinamismo interno y transparencia e incurrir en prácticas dolosas que no sólo minan su prestigio y la confianza de los grandes inversores y de los consumidores sino que pueden causar la ruina por desfalco. Más aún, a la larga, esta corporativización no sólo de la economía sino de la sociedad está trayendo reacciones que provocarán sin duda la retoma del control de la economía por parte de la sociedad por vía de presiones de los consumidores asociados y de decisiones políticas.

El presidente Chávez suele criticar con razón la corporativización de la economía mundial, pero no se da cuenta que él sigue la misma lógica en su modo de hacer política. La lógica corporativa va en busca del monopolio. Y eso es lo que él ha perseguido por todos los medios. Hasta ahora más que un presidente en funciones se ha comportado como un militar en pie de guerra, buscando siempre cuál era el enemigo y enfilando sus baterías contra él hasta neutralizarlo. Ya hemos visto con qué sagacidad aca-

bó con la oposición: obligándola a jugar su juego hasta que no llegó a ser sino su sombra, sombra que se evaporó. Ahora quiere acabar con todas las organizaciones que sirven al pueblo, para que el pueblo sepa que sólo de él puede esperar su vida. Lo mismo quiere hacer con la educación para que la generación que se levanta esté imbuida de su ideología. Por supuesto con la educación popular, pero también con la universidad. De sobra sabe él que el asambleísmo que propone el reglamento no sirve para la marcha expedita de la vida universitaria, pero es el instrumento que le queda, después de haber fracasado por las vías estatutarias, para controlarla. Cualquiera que tenga memoria de la actuación de la izquierda en los años sesenta a ochenta sabe que las asambleas eran el método más expeditivo de boicotear organizaciones cualitativas y cogerse el poder. Claro está que cuando esto suceda, ya no habrá este tipo de asambleas, porque lo perseguido no es profundizar la democracia sino controlarlo todo.

Esto mismo hizo para tomar primero la Asamblea y desde ella, uno a uno, los demás poderes. Para hacerlo no tuvo ningún empacho en saltarse la legalidad creada por él mismo en la Constitución bolivariana: como no contaba con mayoría absoluta, modificó con mayoría simple el requisito de que se necesitaba mayoría cualificada. Usó la transitoriedad discrecionalmente, y la sigue usando, para no someterse a la constitución, y de este modo fue cambiando las personas que sentía

adversas o las independientes, por otras adictas a él.

Eso mismo viene haciendo soterradamente, paso a paso, con gran eficacia, con los medios de comunicación: otorga propaganda masiva o condona deudas, con la exigencia de que la empresa retire al comunicador que le adversa o incluso que cambie de línea editorial. Igual está sucediendo con Fedecámaras: los contratos del Estado son para los amigos de la causa. No es nada inmoral porque éstos son, dice, los patriotas y los otros los vendepatrias, saboteadores y golpistas.

Quien vive ante la proyección de sí, pierde el sentido de realidad

¿Cuál ha sido el resultado? La pérdida de sentido de realidad de los que ejercen el poder. Un resultado esperado, prácticamente fatal. Si uno tiene todo el poder, si todas las decisiones emanan de uno sólo, estamos ante lo que los antiguos llamaban tiranía. Los tiranos eran frecuentemente personas justicieras, con dotes y ambición, que querían favorecer al pueblo, y por eso éste los apoyaba en contra de las democracias oligárquicas. Muchos tiranos hicieron grandes obras públicas y reformas beneficiosas. Los demócratas se opusieron siempre a ellos porque consideraron que el ser humano se realiza al decidir de su vida y gerenciarla personalmente, y que no es humana una vida que nace de otro, prescindiendo de la deliberación y el concurso de los

demás. Pero además el tirano caía siempre porque, comenzando bien, terminaba siempre entregándose a arbitrariedades, excesos y atropellos, en definitiva al envilecimiento, a la corrupción y la ineficiencia.

¿Por qué sucedió siempre así, cuando se hicieron con el poder con intenciones sanas de redención popular? Por el mecanismo de gobierno. El mecanismo es inflexible: lleva siempre a los excesos. Por dos causas. La primera, por la pérdida del sentido de realidad. Una persona rodeada siempre de partidarios, que ha silenciado a la opinión pública, que ha neutralizado a todos sus enemigos, a la larga sólo se encuentra consigo mismo repetido en todos los sitios, por supuesto con su efigie, pero también con sus palabras repetidas hasta la saturación y sobre todo con lo que sale de sí mismo, con el resultado de sus órdenes. Quien sólo vive ante la proyección de sí, pierde completamente el sentido de realidad. Incluso aunque, como en el caso de Chávez, tenga una capacidad monstruosa de comunicarse con los demás, de proyectarse en ellos, de convertirlos en interlocutores. ¿Por qué a pesar de eso? Porque no se encuentra con personas libres, con verdaderos sujetos, sino con gente agradecida, con adherentes, con simpatizantes. Por tanto, el encuentro se da dentro de los cauces establecidos por él. No hay verdadera alteridad. Ni la persona más genial del mundo puede pretender que la vida nazca sólo de sí. Un país necesita del concurso de todos. No sobra ninguno. Pero si los demás son meros ejecutores de lo

que se le ocurre a uno o de lo que uno solo aprueba, el país se empequeñece, se deforma hasta extremos ridículos.

Pero hay una segunda causa: el que no sale de sí, el que sólo se encuentra a su alrededor su propia proyección, acaba envileciéndose, acaba entregándose a sus pasiones dominantes. Y, como dijo Goya, el sueño de la razón produce monstruos. Sin razón crítica, la persona acaba entregada a sus demonios. No basta la autocrítica. Es imprescindible la crítica del otro. De otros independientes, incluso enemigos. Del enemigo el consejo, dice con razón el dicho.

Para un gobernante lo más imprescindible es la independencia de poderes. Recuérdese que ésta se diseñó, no en tiempo del absolutismo de la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII sino en el siglo XVIII, cuando gobernaba lo que se llamó el despotismo ilustrado, cuyo lema era “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”. Esto es lo que no entendió el bloque soviético que denigró de la que llamó democracia formal y siguió aferrado a la línea del centralismo democrático, que acabó en pura y simple dictadura, o la del secretario general del partido o la de la *nomenklatura*. Ésta fue una de las causas estructurales de su implosión. Esa exclusión de los otros se tradujo en pérdida de dinamismo, en distorsión, en esclerosis y por supuesto, en una violación sistemática de los derechos humanos.

El país se puebla de muchos pequeños tiranos

Al Presidente es a quien más le beneficia que en los demás poderes haya gente competente, indepen-

diente e íntegra, que fiscalice sus actuaciones. Así podrá corregir sobre la marcha sus yerros o los de su equipo, así tendrá que afinar sus planes y vigilar su ejecución. Claro está que una oposición irracional puede retrasar muchos planes e impedir algunos bienes importantes. Pero, si el ejecutivo obra con transparencia, la ciudadanía verá quién tiene razón e irá obligando a rectificar a los obstaculizadores. El cortocircuito de acabar con la independencia de los demás poderes y más aún con la oposición desde ellos, al comienzo parece que desbarata el camino, pero a la larga causa la descomposición de todo.

Para hacer la revolución, entendida ésta como reinventar un país destruyendo todo lo anterior y rediseñándolo completamente, es cierto que la toma total del poder es el mejor camino. Pero a estas horas de la historia, la pretensión de parar la historia, de negarla y de arrancar desde uno mismo es una pretensión absolutamente irracional y está condenada al fracaso. Pero no sólo al fracaso sino a dejar el país en ruinas y con traumas profundísimos. Quienes creen en el espejismo de reinventar un país, sienten que el expediente de eliminar toda competencia es el más cómodo y expedito y por eso no ven problema. Sin embargo, para el que no quiera ser ciego, ya se está viendo cómo lo pretendidamente nuevo está empezando a ser una reedición de lo que todos rechazamos y por lo que Chávez llegó al poder.

Como el que aspira a controlar todo no puede controlar de hecho sino algunas pocas cosas, inevitablemente acaba poniéndose en manos de sus colaboradores. Cambiará de un plumazo a los que con

su ineptitud o corrupción deterioran demasiado la imagen del gobierno y en definitiva socavan el poder del presidente, pero como ha acabado con las instituciones que funcionan con normas objetivas, como en definitiva todo depende de él mismo, lo único que puede hacer es poner a hombres suyos que inevitablemente se comportarán como él a pequeña escala. El país se puebla de pequeños tiranos, sin el carisma del verdadero tirano. Sus hombres de confianza se van convirtiendo en su pesadilla.

Para que no lleguemos allí

Claro está que aún no hemos llegado a este extremo. Escribimos porque deseamos que no lleguemos nunca. Todavía, aunque intervenidas, existen instituciones. Pero ya muchos funcionarios se resignan a obedecer, dejando a un lado su propia responsabilidad, porque quieren conservar a como dé lugar el empleo. Otros no quieren ver el problema. Ellos se atienen a los discursos que todo lo enfocan para bien del pueblo. Y por supuesto mucha gente popular sólo ve que ahora son atendidos, que el Presidente habla con ellos, se preocupa por ellos y hace lo posible por mejorar su situación. Cierto que ven problemas, pero piensan que son los malos colaboradores y que en el camino se enderezan las cargas. Además los asesores de imagen del gobierno son buenísimos. Y la oposición colabora con su insensibilidad respecto de los problemas y aspiraciones del pueblo. Todo está servido para que el proceso avance hasta que sea demasiado tarde. ¿no será posible echarle cabeza al proceso en marcha, despertar del encanto o la resignación, y rectificar el rumbo?